

**XVI Certamen Literario Conmemorativo a los
Mártires de la UCA**

“Las plañideras”

Cuento

Nano Tyche

Carmen ve a Rosa y se pregunta si alguna vez en su vida ha llorado de verdad. No por dinero, sino por dolor real. Las lágrimas se escurren por su rostro. Es imposible ver sus ojos, porque tiene la cabeza inclinada y una manta negra que guardan el misterio. Ha llorado desde que empezó la ceremonia. Y llora aún ahora mientras permanece presente el último familiar del difunto. Es un señor sin expresiones que observa hacia el hueco donde yacen sus recuerdos. Él avanza hacia Tulio, intercambia unas palabras inaudibles y le entrega la paga. Él fue quien las contrató.

Carmen no deja de ver a Rosa. Aprecia cómo se empieza a formar la sombra de una sonrisa en su rostro mientras sigue llorando. Rosa se destapa el rostro, se limpia el llanto. Dando brincos, llega hasta donde Tulio, extiende la mano, y recibe su paga. Rosa se despide de Carmen, Camila y Susana. Fue un buen día. Las lágrimas valieron la pena. Carmen no soltó ni una; aún así recibirá su paga.

Tulio las llama de una en una. Susana camina despacio, nerviosa como ella sola. Siempre tiembla un poco cuando está en movimiento. Por eso, durante los entierros tiende a quedarse quietecita en un solo lugar. Pone cara lúgubre y es suficiente. Una estatua de la pérdida con su tez blanca y sus ojos negros y opacos. Susana toma su dinero y se aleja. No se despide de las demás porque se encontrarán fuera del cementerio.

La que se quiere ir es Camila, quien se truena los dedos. Es la más joven y tiene una cita. Pero con Tulio hay que tener paciencia, y debe esperar su turno. Tulio la observa de pies a cabeza. Se muerde el labio. Es la señal.

Camila tiene un paso firme y un carácter de los mil demonios. Una vez Carmen le dijo que tenía carita de ángel y boca de camionera, porque si alguien la cuenta, les dice hasta de lo que se van a morir. “Saludos al novio”, le dice Tulio. Camila calla, pero en su mente da rienda suelta a lo mejor de su repertorio. “Adiós, bella”, dice el suave. Camila cuenta su dinero. Callada, se va.

El papel de Camila es el de la chica-pañuelo. Ella va a consolar a la persona que más sufre por la pérdida. Se muestra servicial, lleva agua y consigue pañuelos o lo que sea para el doliente.

Rosa, la llorona. Susana, la descompuesta. Camila, la servicial. Carmen...

La experimentada. Carmen era la esposa de Tulio cuando empezaron con el negocio. Fue idea de ella. Empezaron cuatro plañideras y llegaron a tener 20. Tulio empezó con sus infidelidades o, al menos, fue cuando Carmen las descubrió. Él se quedó con el negocio y fue perdiendo empleadas y clientes. Ella intentó abrir su propio negocio, pero la gente de este pueblo nunca confió la muerte a las mujeres.

Carmen supo pronto qué tenía que hacer. Ella nunca podría empezar el negocio y Tulio lo dejaba morir. Fue donde él, y no habló más que de su plan para mantener a Las Plañideras de Dolores con vida. Sabía ya por entonces que había terreno perdido, pero no importaba. "Necesitamos calidad, no cantidad", le dijo a un Tulio borracho y apestoso.

La decisión de Carmen fue conseguir a las mejores según las necesidades del negocio. Un grupo pequeño fácil de controlar, y fácil de vigilar, para que Tulio no se fuera a descontrolar y volviera a las andadas. A ella no le importaba que se metiera con otras, pero nada de arruinarle de nuevo el negocio. Carmen decidió integrarse al grupo de plañideras, como la encargada de asegurarse que todo salga bien. Tulio solo está para entregar el dinero.

Carmen, como es usual, cuenta cada centavo. Ella sabe cuánto le corresponde. Cómo lo divide entre él y las otras mujeres no es asunto suyo. Se va del cementerio sin despedirse.

Susana y Camila la esperan en la parada. Le hacen un gesto para que se apure, el bus se aproxima y no quieren llegar tarde a casa. Carmen corre. Llega a tiempo. Se sube. Las tres se van hasta el fondo.

El recorrido es casi igual al de todos los días. La gente que sube y baja. La señora con la venta que se sube atrás, sudorosa y tostada por el sol. El anciano que se duerme en los últimos asientos. El niño que llora. La joven pareja que se besuquea.

El payasito que canta esas canciones amargas y cuenta chistes malos. El señor mudo que entrega unos papelitos con frases de la biblia...

Pero entonces se sube un muchacho con dulces. A Carmen se le hace familiar, pero no logra identificarlo. Él comienza a entregar un dulce a las personas. Algunos lo toman con indiferencia, como Susana y Camila; otros lo rechazan; y otros simplemente miran para otro lado. Él le reparte a quien puede. Carmen es la única que toma el caramelo con interés.

El chico regresa a la parte delantera y comienza su discurso: “Este gobierno es una verdadera... —Ya nadie está indiferente—. Corrupción por todos lados. Y el pobre aguantando hambre, mientras se hartan como cerdos y desperdician la comida. ¿Lo del bitcoin? Una estafa. ¿Las cifras de personas que murieron por coronavirus? Falsas. Las mantienen ocultas. ¿Lo del agua? Puro show. ¿Los mismos de siempre? Lo peor de siempre”.

El bus se detiene. Ahí se queda callado. Con la cabeza gacha, camina hasta la salida y se baja. No recogió ningún dulce.

“Vaya loquito ese”, dice Camila, quien inmediatamente saca su cabeza por la ventana en un intento de seguir con la mirada al susodicho. Susana se pone lúgubre, como si estuviera en horario laboral. Carmen se mete el cristal azucarado y lo deja derretirse con su saliva.

Carmen no vuelve a encontrarse con el muchacho durante un viaje, aunque siempre se imagina volviéndolo a escuchar mientras los demás reprueban con sus miradas sus palabras.

Lo encuentra en otro lado.

Carmen va ese día de camino al mercado y ve a Rosa vestida de negro. La sigue hasta el cementerio, sabiendo que está prohibido para ellas hacer trabajos por sí solas sin el aval de Tulio y de ella. Carmen está cerca de llegar hasta donde Rosa

para regañarla cuando distingue entre la gente a la mamá de Rosa. Y a su abuela. Comprende pronto lo que Rosa hace ahí.

Todos los presentes se despiden del difunto, del hermano de Rosa, dejando caer un dulce a la fosa honda que no entierra su dolor. Carmen ya no se pregunta si Rosa ha llorado de verdad.